

Navidades bordadas

El veinticuatro de diciembre amaneció como todas las vísperas de las que tenía memoria: la nieve en la ventana, la casa vestida de fiesta, expectante, y esa sensación de ansiedad deliciosa cosquilleando en el vientre. No fue hasta entrada la tarde en que tuve la sensación de que algo estaba sucediendo, aunque no lograba comprender qué. Esta iba a ser, sin dudas, una Navidad memorable.

Comencé temprano con los preparativos, quería que todo estuviese perfecto. Llevaba unos años siendo la encargada de poner y decorar la mesa para la cena de Nochebuena. Mi madre me había dado rienda suelta para elegir la vajilla, mantel y adornos y yo aprovechaba esa oportunidad única, que se había convertido, para mí, en un ritual. Primero extendía la mesa y le colocaba el protector. Después abría el cajón del aparador y elegía entre los manteles que más me gustaban, dependiendo del número de comensales. Ahí había pocas variaciones. Casi siempre venían los tíos, Matilde y Juan, y sus hijos; unos bichos a los que llamábamos Zipi y Zape porque eran un peligro público. La tía abuela Carmen, ya algo tocada por la edad, también era una asidua. A mí me encantaba hablar con ella porque contaba historias muy interesantes de su niñez, pero mi hermana Paula la esquivaba como si fuese un deporte olímpico, decía que le pellizcaba los mofletes. Este año no había novedades en cuanto a los invitados, así que saqué el mantel de la abuela Mamen, que tenía los bordados preciosos que había hecho ella misma para su ajuar. ¡Si ella me viera usando ese mantel! Mientras ella vivía, año tras año quedaba guardado con recelo en el aparador, nuevecito tal y como lo guardó año y medio antes de casarse con el abuelo Pedro.

—Las manchas de vino no se sacan de la tela bordada. Pon eso en su sitio y coge el hule de flores rojas —acostumbraba a decirme la abuela cada Nochebuena.

Pasé los dedos por el mantel sintiendo el hilo de cada puntada hecha con esmero. Ahora ella ya no estaba. El blanco pulcro y la voz de mi abuela en el fondo de mi cabeza me llevaron a doblarlo nuevamente y guardarlo en el aparador, a la vez que desplegaba el hule de flores rojas y repartía los cubiertos para cada comensal.

Un timbrazo insistente me sacó de mi meditativa contemplación de la cristalería, resplandeciente bajo la luz del aparador. Bajé todo lo rápido que pude por la escalera decidida a recibir a mis tíos, sorprendida por una desacostumbrada puntualidad que no les caracterizaba. Al abrir la puerta me recibió un soplo de aire frío. Miré varias veces, a un lado y a otro de la casa, para asegurarme de que el tío Juan no estuviera preparando una de sus malditas bromas y volví a meterme en casa con la confusión que deja un timbrazo vacío en la noche de Nochebuena. Me detuve un rato a esperar si se producía de nuevo y poder capturar al bromista en pleno juego, pero lo único que se oía era el tic tac del reloj de pared. Subí la escalera dispuesta a terminar los preparativos antes de que todos volviesen de su visita a la iglesia.

El impetuoso mantel blanco resplandeciente, cubierto con la cubertería de plata, deslumbró por varios segundos mi vista y mis pensamientos. El mantel que había guardado hacía unos minutos, dispuesto en su envoltorio de plástico en el aparador, estaba ahora extendido en la mesa, con la mejor cubertería, también herencia de mi abuela. Parecía incluso que alguien se había tomado el esmero de plancharlo.

Pasé mis manos por mis ojos y mis mejillas y caminé alrededor de la mesa observando cómo estaba hermosamente puesta. Retrocedí con mi mente para tratar de descubrir si en realidad, por una de esas, no lo había hecho todo yo, y con la ansiedad de la fiesta, lo había olvidado.

¿Habrían vuelto antes de la misa y mi madre lo acomodó todo en un santiamén?

Sin embargo, yo seguía sola en la casa. Esta vez no tuve que abrir ninguna puerta para sentir nuevamente un viento frío que hizo mover mis cabellos. Miré el reloj para ver cuánto faltaba para que terminara la misa. No voy a negar que sentí miedo y que el corazón se aceleró, pero mi mamá siempre me ha dicho que, si uno siente miedo debe enfrentarlo. Y eso estaba decidida a hacer.

Miré a mi alrededor, atenta a cualquier movimiento o sonido. Conté los platos y eran exactamente los que necesitábamos esa noche. Los cuatro sitios de los niños no tenían copas de vino, sino una sola para el agua.

Pasé la mano por el mantel, por el borde de un plato, por los cubiertos brillantes y dejé de estar atemorizada. Siempre había querido poner así la mesa: con las servilletas, también bordadas, arregladas en forma de flor sobre los platos, las copas de cristal que dejábamos para otra ocasión y el centro de mesa de muérdago con frutitas rojas y hojas con brillo.

Aunque esta vez no se escuchó el sonido del timbre, atiné a abrir la puerta de entrada. Como era de esperar no había nadie allí y la cerré con lentitud. Mis cabellos volvieron a despeinarse con el viento y de pronto villancicos y música navideña se escucharon en el living y el comedor.

Quedé sumida en estupor, del que pronto me sacó mi familia al llegar y llenar de voces el piso de abajo. Me precipité a recibirles con una sonrisa en los labios y con la incerteza de cómo advertirles de lo que estaba pasando. Pero, ¿qué era lo que en verdad estaba sucediendo? Ni yo misma lo entendía. Me iban a tomar por loca, o peor; irían al frigorífico a recontar las botellas de champán y sidra que se estaban refrescando para la fiesta.

La emoción y el nerviosismo no me dejaron soltar palabra y así fui acompañando uno a uno a los comensales hasta la mesa para ver quién era el primero en dar cuenta del mantel.

—Vaya, este año te has esmerado Tisi —reconoció mi tío, que a pesar de los años y de las veces que le recordé que mi nombre es Teresa, parecía seguir sin importarle.

—Oh, niños, no pongáis las nueces de chocolate sobre el mantel. Mira, ya lo dejasteis manchado.

Una serie de puntos oscuros rompían ahora sin decoro el blanco impoluto del mantel. Esperé a que una ráfaga de viento embravecido por la furia nos llevara a todos al más allá, pero los villancicos seguían sonando, quién sabe por dónde o más bien por qué y se respiraba una calma poco habitual en mi familia.

—Vamos Teresa, no te alarmes, solo son niños. Llama a tu tía abuela para que baje a la mesa, está en el cuarto del altillo. La pobre va a necesitar su tiempo con el bajón que le dio hace unas semanas.

—¿La tía? —acerté a preguntar—. ¿Está aquí en casa? Pensé que aún no había llegado.

—Sí, llegó hoy por la mañana y se quedará unos días con nosotros, se le hacía cuesta arriba pasar el frío invierno, sola allí en la sierra.

—¿Te pasa algo Teresa? Esta niña está muy rara hoy —. Mi madre se dirigió hacia mi padre con gesto de preocupación. Este miró consternado y sacudió sus hombros. Él siempre ha sido hombre de pocas palabras.

—Ho, ho, hola tía —dije al ver aparecer a Carmen arrastrando sus pies con unas guirnaldas y panderetas en las manos.

—Hola, mi pequeña, espero que no te importe que este año me entrometiera en tus preparativos, pero a mi edad no se sabe cuántas Navidades nos quedan, he querido que esta sea una Nochebuena inolvidable, con música y brillos. Por eso decidí colocar el mantel del ajuar que bordamos juntas con la abuela.

—Ay sí, ya había olvidado que hicisteis juntas un ajuar mientras esperabais que llegaran vuestras almas gemelas —añadió mi madre con un tono melancólico que todavía me desencajó más.

—Sí, es una forma de tenerla hoy con nosotros.

En ese momento una ráfaga de aire tibio atravesó la sala de punta a punta — y eso que no había ventanas abiertas— y acarició cada uno de los rostros como una mano repleta de ternura. Mi tía abuela sonrió con una expresión de hada buena y dijo:

—Ahora sí estamos todos, ya podemos sentarnos a la mesa.

Zipe y Zape junto con mi hermana fueron los primeros en ocupar sus lugares. Encandilados por la elegancia y el ambiente musical, quizá, disfrutaron de la cena sin dar rienda suelta a sus diabluras. Mis tíos y mis padres conversaban amablemente muy animados. Mis ojos y los de la tía Carmen se encontraron cómplices y sonrientes, confirmando lo que presentí desde temprano, que esa Nochebuena sería especial, sin duda, la mejor de todas.